

El traje hecho unos zorros

ANTONI PUIGVERD

LA VANGUARDIA, 23.01.09

Un culebrón de espías protagoniza la escena madrileña. Ha levantado gran expectación. ¿Será un culebrón de aúpa, que ocupará durante meses con sus escabrosas revelaciones la atención pública española arrastrando en su lodo a personajes de primera fila? ¿O no es más que un espumoso intento de uno de los sectores que se disputan el protagonismo en las trincheras periodísticas por rebanar unos euros de publicidad en el desierto de la crisis? Seguramente, acabará reconvertido en una versión del tamayazo, aquella vergonzosa compra de escaños, uno de los momentos más degradantes de la política española (que, sin embargo, incluso en los medios madrileños más moralistas, ha tenido menos repercusión que la más pequeña de las alocadas aventuras de la política catalana).

En el nuevo culebrón abundan los tópicos de las películas de espías. De las primeras revelaciones periodísticas se desprendía que la red de espionaje podía estar buscando para la presidenta Aguirre munición con la que bombardear el entorno de su más enconado rival: el alcalde Gallardón. Pero la trama se complica al descubrirse que también ha sido espionado un alto personaje que forma parte del ámbito institucional de la citada Aguirre. Suspense: ¿Qué bandos o intereses oculta la extraña red? ¿Está alguna rama del PSOE en el ajo, manipulando a los bandos del PP? ¿No será que la red, alimentada inicialmente por algún político aprendiz de brujo, se ha convertido en una mafia chantajista al por mayor?

No menos importante es el marco en el que se desenvuelve la acción. Un marco en el que lo político (la guerra interna en el PP) y la crisis económica se retroalimentan y entretajan. La guerra del PP no es nueva. Ha conocido ya diversas batallas. Rajoy venció en el congreso con claridad. Una claridad engañosa: si cualquier líder de la oposición tiene grandes dificultades para desarrollar su personalidad pública en los medios, mucho más complicado lo tiene Rajoy, pues cuenta con la hostilidad de una parte decisiva del periodismo que apoya a la derecha. Pero este no es el tema. La batalla interna del PP es ahora mismo cruda expresión de la lucha por la vida (por la buena vida, naturalmente) que se dirime en Madrid después de que la crisis haya herido de muerte la cultura de ladrillo de oro. El insólito enfrentamiento por el control de Caja Madrid ha revelado con descarnada frialdad que la política no es más que un traje. Un traje retórico que permite al interés revestirse de respetabilidad y patriotismo. Espionaje, chantajes, filtraciones mediáticas y consejos de administración asaltados sin rubor revelan que el cuerno de la abundancia se ha agotado y que la batalla por controlar lo que queda de aquel imperio dorado será inmisericorde, sin cuartel. Los que venzan mantendrán el estatus, los que pierdan morderán el polvo. No hay término medio. La batalla es obscena: es a vida o muerte. No caben todos.